



Columna



Juan Carlos Alvial,
filósofo puertomontino

Víctor Hugo Herrera Burgos

Usualmente pasamos la vida destacando a las personas por sus logros. Estando sumidos en la cultura del éxito y la meritocracia, de eso no cabe duda, porque pareciera ser más importante el barrio en el cual se vive, el año del auto o el colegio en el cual estudian los hijos, mas hemos olvidado lo valioso y maravilloso que es el ser de cada personas. De la misma forma, solemos valorar a las personas luego de partir y no en vida.

Hace unos días, me tocó contemplar la despedida de un profesor por excelencia, como fue Víctor Hugo Herrera Burgos, quien dedicó su existencia al deporte y la enseñanza de éste en las más diversas disciplinas, apostando por sectores no siempre incluidos del todo en la sociedad.

Recuerdo que las primeras ocasiones en las cuales nos encontramos fue en el Instituto Valle Central, que se ubicaba antiguamente en calle Copiapó, haciendo clases a una población que no siempre gozó de los privilegios, pero en la cual creyó profundamente.

Más tarde, lo hallé en las Instituciones de Educación Superior Santo Tomás, donde durante más de 20 años estuvo de coordinador deportivo de los estudiantes.

En ambos casos, pude ver no sólo un facilitador del aprendizaje, como tristemente se llama hoy al profesor, sino más bien un referente moral para quienes les tocaba acompañar. En pocas palabras, era un educador innato, confidente de sus estudiantes y

promotor de movilidad social desde el deporte.

Más tarde, pude saber que el deporte no sólo ocupaba parte de su vida, sino que era su vida, siendo Maestro Shifu de Kung Fu, montañista y entrenador de fútbol, tanto de damas como varones, iniciando y formando a una cantidad no menor de deportistas en nuestra ciudad y fuera de ella, sabiendo que estas disciplinas eran capaces de transformar las vidas completas de sus discípulos, insistiendo en la rigurosidad y la formación del talento de quienes tenía a cargo.

Sé que el último tiempo, el fútbol femenino fue su pasión los fines de semana, entrenando al Club Deportivo de Damas San Luis, en un rubro que ha sido dominado por el género masculino, pero que supo poner en lo más alto de las competencias en el campo local, cuestión destacada por los miembros de esta institución y sus colegas.

Mientras aún lamento su partida, no dejo de pensar en la serenidad con la cual afrontó los últimos días de su vida, siendo muy probable que la fortaleza que entrega el deporte ante las lesiones y la adversidad, le haya permitido sobrellevar de una manera tranquila y en paz los sufrimientos de un cáncer que lo encontró de sorpresa, pero al que le dio la batalla como un verdadero maestro de las artes marciales, que tuvo el autocontrol necesario para enfrentar una cruzada dura, difícil, pero que estoy seguro que es la más póstuma de todas.